

(El Correo Gallego, 27 de enero de 2007)

JESÚS FONTENLA

La última en darse de baja ha sido Madeleine. Tras cada uno de estos suicidios asistidos que periódicamente nos gotean, se oye la misma frase: "es un crimen ignorar el sufrimiento de aquellos que padecen enfermedades incurables". Es cierto, sería de una inhumanidad bestial torcer la cara ante el dolor ajeno, o hablar de él sesgadamente y a base de golpes emocionales. Hablemos de la eutanasia, de qué significa, de la soledad del enfermo y de sus familias, de si prescribe la dignidad humana, de la eficacia de los cuidados paliativos y de su implantación en sólo el 30% de los hospitales españoles, de la eficacia de los tratamientos contra el dolor.

Hablemos de Médicos sin Fronteras, la Cruz Roja, Cáritas, Basida, Cudeca, organizaciones sin ánimo de lucro que se desviven por acompañar y aliviar a los enfermos terminales. Son los herederos del servicio humanitario que abre Fabiola con el hospital romano del año 400 y que continúan los hospicios medievales, los lazaretos del siglo XVII, los *hospices* posteriores o el actual Plan del Gobierno francés de cuidados paliativos.

Hablemos de la Asociación Derecho a Morir Dignamente (DMD) y de su Guía de Autoliberación: "Debe utilizarse un número elevado de pastillas para alcanzar la dosis letal. Los comprimidos se pueden machacar en un mortero y mezclarlos con zumo o yogur para disimular el mal sabor. Hay que elegir el método que impida una reanimación posterior. A los 30 minutos aparece un sueño que va en aumento. En esta etapa puede aparecer el vómito, por lo que se aconseja una última comida ligera e ingerir el cóctel en posición sentada".

¿Por qué DMD sólo habla de los cuidados paliativos en la letra pequeña? ¿Por qué acompañar a Madeleine sin esperar siquiera a que llegase su hijo? Venga, hablemos.